



Aspecto de la Avenida Montes de Oca (La Calle Larga) alrededor de 1904

BARRACAS: HISTORIA Y POESIA

Por ANTONIO REQUENI

Barrio corralonero y agalludo, Barracas era hasta hace algunas décadas una presencia marginal -geográfica y espiritualmente- en el mosaico urbano de Buenos Aires. Su auténtico pintoresquismo hallábase en las barracas que dieron nombre a la zona, opacos galpones de depósito, corralones anchurosos, con el piso alfombrado de arena para proteger los vasos de los caballos, aserraderos de los que emanaba el olor tonificante de la resina, abigarrados conventillos, casas inconfesables señaladas con farolitos rojos, de las cuales habló Eugen O'Neill, que las visitó durante su juventud de marinero vagabundo; pulperías metamorfoseadas en almacenes o cafés como los recientemente derruidos "La Banderita" (de Montes de Oca y Suárez) o "La Luna" (de Montes de Oca y Uspallata), frecuentados por famosos compadritos, cuarteadores y peones de las barracas y saladeros; cafés de rompe y rasga, memoriosos de payadas y duelos, testigos varios de ellos:

el "T.V.O." (de Montes de Oca e Iriarte) o el "Del Plata" (de Montes de Oca y California), de alguna consagración tanguera, como la de aquel muchacho llamado Eduardo Arolas, que comenzó a "acunar" el bandoneón entre sus parroquianos, antes de largarse a París, donde pronto encontró juntas la gloria y la muerte.

La avenida Montes de Oca, la antigua *Calle Larga* a la que se asomaban esos establecimientos y en la que se realizaron memorables carreras cuadreras de sortija y cinchadas de carros, ha ido modificando aquella imagen para exhibir actualmente altos y pulidos rasca-cielos y escaparates suntuosos. Sin embargo, algo revive de su pasado pintoresco y romántico. A la altura del 1100, una placa fijada en el patio de una casa recuerda que allí vivió Amalia Sáenz de Olabarrieta, la infortunada novia de Eduardo Belgrano, en la novela de Mármol. A pocos metros, en el lugar que hasta hace pocos años ocupó una

sala cinematográfica y es hoy negocio de venta de repuestos de automóviles, estaba la quinta de los Nóbrega, suegros de Nicolás Avellaneda, transformada después en frontón donde se realizaron las primeras reuniones de los "cívicos".

En el cruce con Osvaldo Cruz (antes *Tres Esquinas*, nombre de una estación próxima), otra placa informa que allí pasó su niñez José Hernández, autor del *Martín Fierro*. La iglesia de las Felicitas, frente a la plaza Colombia, evoca el trágico fin de Felicitas Guerrero, cuyos padres decidieron erigir el templo en su memoria, y la iglesia de Santa Lucía, uno de los más antiguos santuarios porteños, situado a pocos metros de Martín García, concita el sentimiento religioso de una barriada que todos los 13 de diciembre, para las fiestas patronales, irrumpe en procesiones por las calles adornadas con puestos donde se venden cirios y rosquillas, en una imagen de españolísimo regusto.

Pocas calles resumen y rezuman tanta historia como esta avenida del sur que nace en la calle Caseros y termina en el Riachuelo. Alrededor de la Casa de Expositos, fundada por el virrey Vértiz en 1779, luego Casa Cuna y actual hospital de pediatría Pedro Elizalde, tuvieron sus quintas las familias más representativas como las de Díaz Vélez, Balearece, Ramos Mejía, Videla Dorna, Alzaga, Sáenz Peña, Elizalde, Montes de Oca, Ezcurrea, Sáenz Valiente, Santamarina, Udaondo y otras.

A principios del siglo pasado, entre las lágrimas rabiosas e impotentes de los vecinos, pasaron por otra calle, al ritmo de tambores y gaitas escocesas, los soldados ingleses de Bérésford, vencido más tarde en el centro de la ciudad. En 1812, Martín de Alzaga, que había sido alcalde de primer voto y luchó como un héroe en la Defensa, durante las invasiones inglesas, instaló en su quinta de la Calle Larga el "Cuartel General de Conjurados", para oponerse a las autoridades criollas surgidas en mayo de 1810. Alzaga, delatado por un esclavo negro de nombre Ventura, se refugió en la capilla de Santa Lucía, tal como recordamos haber leído, cuando niños, en la inefable *Historia* de Grosso.

El coronel Bartolomé Mitre recibió en esta calle una herida en la frente, mientras combatía, en 1853, contra las tropas del coronel Hilario Lagos, hombre de Rosas sublevado contra los vencedores del tirano. La sangre de hermanos volvió a derramarse por la *Calle Larga* cuando, en junio de 1880, produjo el encuentro entre partidarios de Roca y Tejedor. Las trincheras se cavaron frente a Santa Lucía y en los alrededores del puente Barracas.

Barracas tuvo sus lindes pecaminosos; por un lado la ribera, pródiga en cafetines y edificios dudosos (de esos que no dejan lugar a dudas), frecuentados por sujetos presidiables. Por el otro extremo, la zona denominada *Los Olivos* o *Pueblo de las Ranas*, atravesada por el arroyo de las Pulgas, yuyal dilatado, refugio de malvivientes, al

que por mucho tiempo no osó penetrar la policía pues varios agentes del orden habían aparecido colgados en faroles de las inmediaciones. Años más tarde funcionó allí la cancha de fútbol del Club Sportivo Barracas y la familia Pereyra Iraola, propietaria de los terrenos, mandó construir, en 1910, la hermosísima iglesia del Sagrado Corazón, que se erige frente al parque Fray Luis Beltrán. Cerca de allí, en los porteros que se abrían junto al hospicio de la calle Vicytes, el escocés Alejandro Watson Hutton enseñó, entre 1886 y 1891, los rudimentos del fútbol a los muchachos que integraron el célebre "Alumni".

A fines de siglo, el intendente Antonio Crespo hizo pavimentar algunas calles de Barracas. El barrio, no obstante, conservó un tono opaco de arrabal, un aire de extramuros. Era eso en realidad, y algunos sectores, aunque ennoblecidos por el esfuerzo laborioso de sus gentes, siguen pareciéndolo: callecitas de hermosos nombres, que conservan el antiguo empedrado, por lo general sin árboles, con aceras de lajas desaparejas y casitas humildes, vetustas, por las que puede verse alguna vez a Ernesto Sábato, que eligió este escenario para hacer vivir en él a las apasionantes criaturas de *Sobre héroes y tumbas*; calles que recorre constantemente, con ademán inquisitivo y avizor, el máximo historiador de Barracas, don Enrique Puccia; calles que amaba un poeta que vivió y murió en el barrio, hace diez años, y cuyos nombres dejó inscriptos en un romance de su libro *Cantados*, de 1933.

Como un homenaje al barrio y a González Carballo, su intérprete lírico, dejen lugar estas palabras a las nobles y conmovedoras del mencionado romance:

CANTADO PARA UN BARRIO DEL SUR

por González Carballo

Romance en que se nombra las calles de mi barrio:
Patricios, Gualaguay,
Montes de Oca, Salado.
Mis amigos al Norte.

Yo perdido en el bajo.
Por el fácil declive
del suburbio nostálgico,
con el baldío torvo
y el callejón de un tango,
me llevaré una novia,
noche a noche, del brazo,
por los puentes de hierro,
por el puerto en descanso.
No sabrá de mi vida
más que el beso apretado.
Las fábricas en lenta
complicidad de carros,
coronan de humo y ruido
las horas de trabajo.
Cuando adormece el golpe
del martillo obstinado,
despiértanse canciones
pausadas en los labios.
Y el obrero a las cinco
la chaqueta en el brazo.
Y en el patio estival
macetas con geranios.
El humo que tornara
los colores cegados,
se desbanda de viento.
Y arde de cielo el barrio.
Cielo de más allá
de las cinco, alumbrando
sobre las casas bajas.
Y un barrilete en alto.
Mi padre amó estas calles.
El era tierno y áspero.
Vivió bajo su cielo
sombrio, aquerenciado.
Caminó sus veredas.
Desde aquí lo llevaron.
Hoy enaltezco el verso
diciéndolo de paso.

En primer plano dos "jardineras", típico medio de transporte durante el verano. Al fondo, puente de Barracas

